

Preciado y Fulgor Sedano, entre Pedro Páramo y Fulgor Sedano, pero quien habla de ella es fundamentalmente Pedro Páramo. También interviene en otras conversaciones ya sea con Justina, con Bartolomé San Juan o con el padre Rentería. Sin embargo, son pocos los momentos en que la realidad es vista desde la misma Susana: cuando recuerda la muerte de su madre, cuando está enferma y observa todo lo que la rodea y en la ensoñación en el mar, junto a Florencio.

Por consiguiente, es posible considerar dos aspectos fundamentales:

1. Por la técnica novelesca; la visión, la opinión y la captación de la vida y de la muerte de Susana San Juan aparecen limitadas por el uso restringido del punto de vista «con» y de la primera persona gramatical.

2. En el nivel del personaje: sus posibilidades también aparecen limitadas para poder opinar, oponerse o afirmarse en sí misma frente a una organización social estricta y represiva. Ante la imposibilidad de rebelarse, se incluye en la «locura» que le permite asomarse a la realidad sólo en contadas situaciones, pero sin desconectarse totalmente de ella porque está Justina, quien oficia de mediadora ante el mundo.

Sólo en dos momentos, Susana describe y actualiza desde la tumba: la muerte de su madre y la ensoñación con Florencio, junto al mar. Dos núcleos de significación: muerte y amor. El otro recuerdo, el más antiguo es el que la enfrentó a la muerte y el que inició su camino hacia la locura.

La locura es, sin embargo, no sólo la derrota definitiva de Pedro Páramo, sino que se constituye en la inhibición básica para dejar de recordarla aún después de muerta.

«El creía conocerla. Y aun cuando no hubiera sido así ¿acaso no era suficiente saber que era la criatura más querida por él sobre la tierra? Y que, además, y esto es lo importante, le serviría para irse de la vida alumbrándose con aquella imagen que borraría todos los demás recuerdos. ¿Pero cuál era el mundo de Susana San Juan? Esa fue una de las cosas que Pedro Páramo nunca llegó a saber» (pág. 99).

De manera que en la medida en que crece el amor de Pedro Páramo por Susana, decrece simultáneamente su interés por las luchas armadas y por los vaivenes de lo histórico-social.

Es posible, por tanto, considerar el sometimiento de Susana San Juan, ya sea por Pedro Páramo, por Bartolomé, o bien por los «otros», quienes siempre están encargados de opinar por ella o de transmitir sus afectos o sentimientos. Se separa de lo real y se incluye en la soledad. En el nivel del lenguaje, los fragmentos más relevantes de Susana son descripciones, de marcado vuelo poético, pero en donde es casi imposible captar la función de su «hacer», ya sea en cuanto a la profundización como personaje, o bien en relación con los demás.

Sin embargo, la locura de Susana es, justamente, la que provoca en Pedro Páramo la conciencia de la muerte y, además, resulta la que por sus derivaciones genera la movilización social (según el nivel de lectura de esos distintos planos de realidad). Ni desde el punto de vista de la psicología del personaje, ni por medio de los recursos técnicos literarios utilizados, se logra mantener a Susana prisionera de lo «real», ni aun cuando el estado de muerte general envuelve a Comala.

Más allá del encerramiento al que se la somete o en donde se incluye, desde distintos niveles (ya se trate del accionar de Pedro Páramo o Bartolomé, de la

represión de la organización social o de la rigidez de la estructura religiosa), se produce por la presencia de su locura un cambio fundamental. Sólo Juan Preciado y Susana San Juan son capaces de penetrar en la zona de la muerte, de recrear el ensueño y de articular por la permanente actualización del recuerdo, todos los momentos fundamentales del tiempo del amor. Susana San Juan, por tanto, excede por sí misma el marco restringido al que, sin duda, se la ha sometido.

Por consiguiente, podemos llegar a algunas generalizaciones que nos importan especialmente. La incorporación de seres locos en la narrativa latinoamericana crea la posibilidad de realizar la condena al mundo de la realidad, y por tanto a su organización. Crítica que, de ninguna manera, sería aceptada si proviniera de un ser normal. Por la anexión de elementos que no corresponden al área de lo estrictamente racional, por la adición de las fantasías de los seres creados que comprometen la región imaginaria del lector, el autor censura el mundo en donde están inmersos. Sin embargo, tal denuncia desde la literatura, es mucho más efectiva que si se realizara como una simple crítica social basada sólo en situaciones de lo referencial, porque se crea, por el encadenamiento simbólico y por su propia índole de polivalencia significativa que posee la obra literaria, la alteración de distintos niveles de la realidad.

Por todo ello, la «locura» de Susana San Juan es definitiva, porque desde la aparente pasividad de su ensueño cumple la función más decidida por un cambio en el orden de lo «real». Es esa locura la que le permite participar activamente a los lectores en la condena de un mundo que se presenta rígidamente organizado y, además, asistir por el dominio del ensueño y de la región imaginaria —Susana— sobre las fuerzas del poder arbitrariamente instaurado. Pensamos, entonces, que en relación con la organización social, la locura de Susana San Juan resulta ser más definitiva, por las consecuencias que desencadena para Pedro Páramo, que todas las luchas armadas en las que participó y en las cuales optó sólo regido por su propio interés. La locura y posteriormente la muerte de Susana San Juan serán las que desencadenarán un cambio definitivo, no sólo en Pedro Páramo, sino que todo Comala por ella se incluirá en la fiesta como forma de afirmación de la comunidad, tal como ya lo estudiáramos.

Recordemos que la función que se ha establecido para el «loco» en la familia parece cumplirse también en la relación de Susana con Comala, de manera que igualmente resulta como si el sacrificio de uno solo pudiera permitir el equilibrio de todos.

Es preciso que destaquemos, además, que ese estado que consiente que Susana diga y actúe sin ningún tipo de represión y sin ninguna máscara produce dos consecuencias que afectan distintos niveles: a ella, la incluye de manera violenta en el terror de la muerte y si bien consigue desligarse de todas las ataduras socioculturales impuestas y podrá llegar a no temer a la muerte, por no poseer un proyecto que la trascienda en el cual pudiese incluirse una vez que se ha liberado de todas las represiones, sólo consigue permanecer allí reviviendo continuamente su amor por Florencio. Pero, además, no es únicamente ella quien se considera «loca», son los otros quienes rápidamente le asignan ese rol. De manera que quedan claramente deslindadas las diferencias entre ella y los demás:

«—¿Por qué me niegas a mí como tu padre? ¿Está loca?»

—¿No lo sabías?»

—¿Estás loca?

—Claro que sí, Bartolomé. ¿No lo sabías?» (pág. 88).

«No se es loco sino respecto de una sociedad dada. Así, la locura es a un tiempo copia y desviación respecto de esa sociedad», según se nos afirma ¹⁴ y, si bien es cierto que considerada desde el punto de vista individual constituye una rebelión inútil porque conduce a Susana a la muerte, desde el punto de vista de la obra literaria —mundo de creación— es la que exige una transformación de un estadio de la sociedad.

En consecuencia, en el nivel literario, la locura no puede ser considerada como un tema, o como la definición de un personaje, sino que constituye una problemática que afecta las relaciones de un ser con su grupo y que, por su sola presencia, denuncia situaciones de lo «real». Pero, además, por provenir tal denuncia de alguien «loco», de alguien separado de la realidad le permite al autor decir todo, sin las limitaciones que tendría, en cambio, alguien «normal».

Desde el punto de vista psicológico la locura es un refugio estéril, en donde se intenta el resguardo de la realidad. Su presencia en la obra literaria es, además, desgarrante, porque por omisión o por denuncia exagerada provoca una profunda crisis en la realidad de donde emerge y, porque necesariamente interpela a los lectores, quienes resultamos ser los «otros» de dos maneras diferentes: por una parte, replantea la pregunta acerca de la libertad en la elección del propio proyecto individual y, por otra, genera un proceso de aprobación, de complicidad con esas denuncias a rígidas normas impuestas por medio del abuso del poder y con la anulación de todas las represiones sociales que obligan, necesariamente también, a una revisión de nuestras propias relaciones con el mundo.

LILIANA BEFUMO BOSCHI
Santa Fe, 3869
7600 MAR DEL PLATA
(Argentina)

¹⁴ BASTIDE, ROGER: *El sueño, el trance y la locura*. Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1972, pág. 136.

